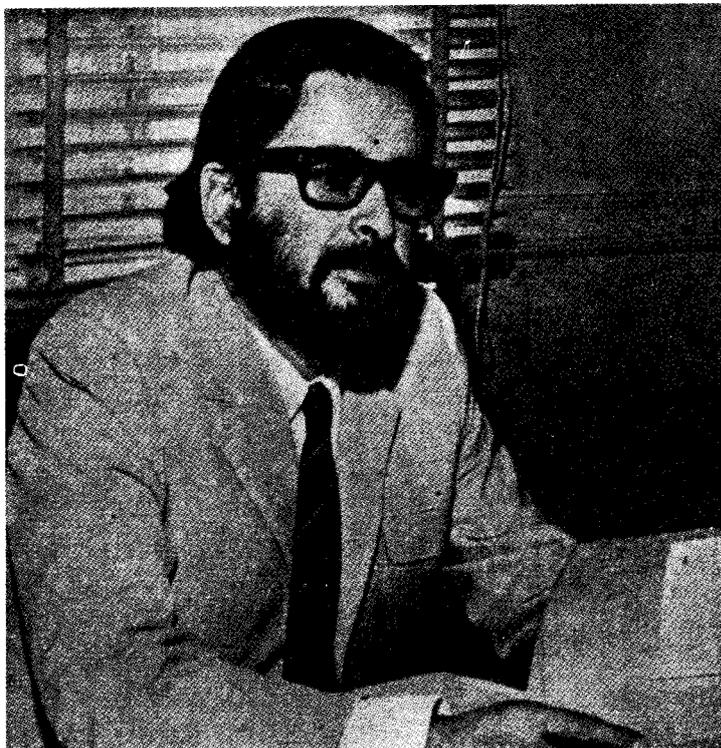


REQUIEM PARA LAURA



José Rodríguez Elizondo.
Abogado, periodista y escritor de ensayos políticos y literarios.

Aquella diferencia entre regímenes autoritarios y totalitarios, que sirviera a Alexander Haig para justificar el abandono de la política de Jimmy Carter sobre derechos humanos, fue objeto recientemente de una filuda sátira, en el New York Times. Según ella, la clave del distingo consistiría en que los regímenes totalitarios detienen, acallan, relegan, censuran y exilian, mientras que los autoritarios hacen lo mismo, pero delegando la ejecución de algunas medidas en el eficiente sector privado...

Esto puede parecer gracioso, en aquellos países donde, afortunadamente, no se plantea la necesidad de definirse entre uno y otro de los dos "regímenes básicos". Pero, en los países de nuestra América Latina que viven bajo regímenes que se autodefinen como "autoritarios", la ocurrencia resulta más bien amarga.

En Chile, por ejemplo, la rígida posición del régimen militar con respecto a sus derrotados de hace más de siete años, ha hecho que, para muchos, la diferencia carezca de sentido. Lo cual, por otro lado, convierte a los llamados oficialistas a la unidad nacional en simples ejercicios de retórica.

Los más directamente afectados por este rencor concebido como objetivo sin plazos, son los exiliados. Para ellos no hubo amnistía y pareciera que su satanización forma parte indisoluble de la estrategia del gobierno. En tales circunstancias, con un sentimiento nacional desgarradamente incrementado, los desterrados mueren —literalmente— por volver a la patria prohibida. Por lo mismo chocan —también literalmente hasta morir—, con silencios desdeñosos, con ofensas gratuitas, con estereotipos ideológicos y hasta con el más despiadado de los sarcasmos:

"No veo por qué han de querer volver a un lugar que dicen inseguro, hostil, peligroso", dice y repite el ministro del Interior, Sergio Fernández. Ayer dialogante profesor de Derecho; hoy el civil que aplica, con mano dura, esta política que niega el más elemental de los derechos.

En este escenario debe apreciarse el suicidio reciente de Laura Allende Gossens: 70 años, ex parlamentaria socialista, hermana de Salvador Allende. Aquejada de dos males que se revelaron incurables: la nostalgia por la patria y un cáncer lento, que se pronon-

gaba por años, como dándole la oportunidad de un retorno que terminara con la nostalgia.

Queriendo creer, con el poeta, que "la primavera es inexorable". solicitó formalmente el permiso necesario, firmó los formularios correspondientes, recurrió a la Corte Suprema. Ni el rechazo ni el silencio consiguieron derrotarla. Recurrió al patrocinio de las más altas personalidades del mundo entero. Entre ellas, al Papa Juan Pablo II. "tengo esperanzas", dijo a un periodista a fines de marzo. "Las tendré mientras viva". agregó.

Por cierto, Laura Allende fue una líder radicalizada y una hermana leal en ese Chile épico, doloroso, equivocado y sangriento de los tres primeros años de la pasada década. ¿Podía ello significar que en 1981 —anciana moribunda y nostálgica— era un peligro para la estabilidad del régimen?

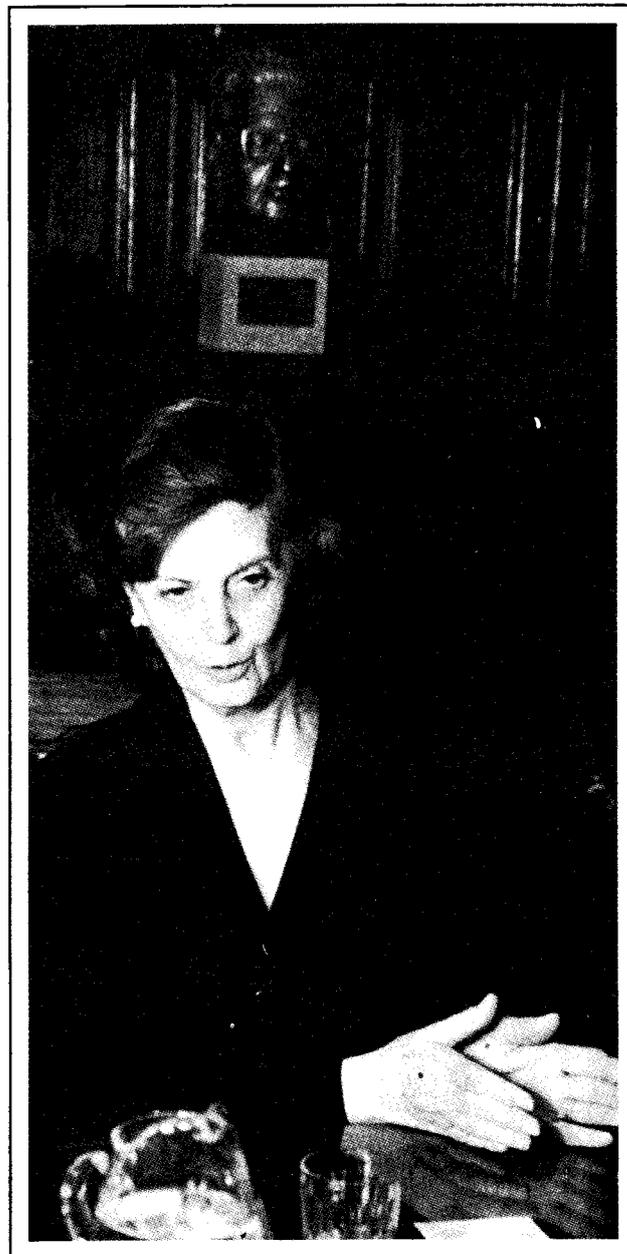
De ceñimos a las palabras del Ministro del Interior habría que decir que sí. Que sólo podía volver como agitadora: "Cada uno de los exiliados marxistas es un agente de la subversión internacional", "cualquier marxista es una activista de la guerra civil".

Como cuesta aceptar que el propio ministro crea en lo que dice, habría que conducir que tras su impávida ortodoxia se oculta una "simple" opción antipolítica" la del odio sistemático y permanente. Odio que ni la victoria ni las superiores responsabilidades de gobierno han hecho desaparecer y que hiere a un mayoritario porcentaje de la nación real. Odio que ha inducido al odio contra el propio Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien acaba de decir que ningún totalitarismo puede apelar a la doctrina de la Iglesia: "Dicen que son cristianos, pero no creemos que lo sean".

La mayoría de los chilenos tienen que interpretarla como una autoinmolación...

La muerte de Laura Allende, desde esa perspectiva, estaría llamada a producir un pavoroso titular, expreso o tácito, según el cual "la familia Allende sigue suicidándose en Cuba comunista". Sin embargo, la inmensa mayoría de los chilenos tiene que interpretarla como una autoinmolación en aras de la cordura. Porque aunque los exiliados sospechemos que el país que recordamos ya no existe, el solo hecho de querer volver demuestra un verdadero propósito de reconciliación nacional. Más allá de cualquier ideologismo.

Eso fue lo que Laura Allende no consiguió que en-



tendieran las autoridades de Chile. Ni siquiera en virtud de su pontifical respaldo tuvo el permiso de volver para ejercer su esperanza.

Por eso saltó al vacío, desde su habitación en La Habana.